

EL DESAFIO DEL “CHE” GUEVARA*

Por Albert-Paul Lentin



(*) En este artículo publicado en el número 151 de "Le Nouvel Observateur" de París, correspondiente a la semana comprendida entre el 4 y el 10 de octubre, Albert-Paul Lentin, colaborador de esa prestigiosa publicación, traza una semblanza biográfica del "Ché" Guevara, apasionada y documentada, de la que surgen puros y llenos del idealismo revolucionario los rasgos del guerrillero Ernesto Guevara. Si bien en él aparecen algunas afirmaciones que no corresponden al pensamiento de PUNTO FINAL, hemos reproducido in-extenso su contenido porque creemos que en su conjunto contribuye a aclarar algunos aspectos de un típico hombre de nuestro siglo, desconocidos para la gran mayoría de la opinión pública chilena.

A fines de septiembre el general Barrientos, el gorila que reina en Bolivia, anunció personalmente y en medio de gran fanfarria que Ernesto Guevara, alias el "Comandante Ramón", había sido muerto en un encuentro armado. Algunas horas más tarde la información fue desmentida. Parece que Guevara, acorralado, pero vivo, corre siempre. El "Ché" corre y corre. Pasó por aquí, pasó por allá.

¿Pero qué es lo que hace correr al "Ché"? ¿Quién es, en el fondo, este líder tan misterioso como célebre? Para los norteamericanos: el indiscutido viajero organizador de complots y conjuraciones, cerebro pensante de la subversión cuya cabeza puesta a precio en Bolivia vale 50 mil pesos. Para los soviéticos, un marxista agresivo, ambiguo, irritante, quien en las fronteras de la revolución y la aventura, no saborea, como tantos otros, los venenos y delicias de la coexistencia pacífica. Para muchos franceses, un "playboy" extremista y fotogénico, demonio con figura de arcángel, surgido de los infiernos de los "condenados de la tierra", sueño azul de una juventud a la que no le queda más que soñar. Para el tercer mundo en lucha, el amigo público número uno, un símbolo fascinante, casi un mito, la imagen de Epinal para los cesantes de las poblaciones callampas, y en los ghettos negros de Estados Unidos el único ícono blanco venerado, entre el amuleto Cassius Clay y el ídolo Malcolm X, en el panteón del Poder Negro.

Para todos, un Quijote, romántico y caballeresco. Todos tienen razón. El romanticismo en Guevara no es más que la figura, el estilo, la apariencia bajo la cual se esconde la realidad profunda: una convicción intelectual, cerebral, monolítica, y rigurosa como el granito, que ciertamente no desestima el sentimiento, pero lo domina y lo integra; una lógica política imperativa que aclara y explica toda su vida.

Nada, al comienzo, predisponía al joven Ernesto Guevara, delicado y asmático, a convertirse en la figura del internacionalismo subproletario. La infancia del jefe es dulce. Nació burgués, y lo que es más, argentino.

DE LA MOTONETA A LA REVOLUCION

Argentina es la América Latina del rico, una base europea en la base del continente, un país sin negros y sin indios, orgulloso de su cosmopolitismo aristocrático. Las malas lenguas de los países vecinos dicen que si usted compra un argentino al precio que vale y lo vende al precio que él cree valer, usted será un millonario. La familia Guevara tiene un precio muy alto. El padre es un notable de Córdoba a la vez rústico y cultivado. La madre, apellidada Lynch, es de una ascendencia británica que impresiona a los snobs. El hijo, como los otros hijos de familia, duda, a la hora de los estudios superiores, entre la medicina y el derecho. Escogerá la medicina.

Como los otros hijos de familia, aprende el francés, monta a caballo, corteja a las jóvenes, pero se aburre más que los demás. Callejea entre los humildes. Concentraciones, revueltas, turbulencias. En las riñas callejeras pelea a puñetes contra las fuerzas de orden, con los obreros peronistas. Tempestades en un vaso de agua. Su rebeldía no es más

que un escándalo local en el medio estricto donde baña su juventud dorada.

En 1954, a los 24 años, el inconformista decide descubrir el mundo más allá del horizonte limitado de las pampas. Recorre en motoneta desde la Tierra del Fuego hasta el Canal de Panamá todo el continente sudamericano. Su "camino de Damasco" será esta ruta caótica donde encuentra, en medio de un decorado admirable, personajes fraternales e insospechados; campesinos hambrientos de tierra, nuevos siervos de los eternos latifundistas, cesantes desarraigados de las "barriadas" de Lima o de las "favelas" de Río, reptando en silencio en las periferias leprosas de las metrópolis opulentas, y, en las montañas, indios de los Andes, herederos miserables y nostálgicos de las grandezas precolombinas, masticando su coca, su amargura y su humillación. Es el choque. De una cólera generosa nace una vocación irresistible, irreversible, teorizada implacablemente con rapidez. Guevara no será un profesor de medicina o un médico como papá lo quería. No abrirá su estudio en una avenida. Será un profesional de la revolución. La toga cede el paso a las armas, el estetoscopio a la metralleta.

El aprendizaje es penoso, como para ponerlo a prueba. Un juego de escondite con las policías de capital en capital. Golpes, más recibidos que dados. Fatigas abrumadoras, decepciones, fracasos, pero una experiencia que lentamente se va acumulando.

Guevara recorre numerosos países, siempre impulsado por las nuevas riberas donde podría comenzar a alumbrar el faro de la libertad. En todas partes sólo encuentra brumas. Sin embargo, ubica un pequeño resplandor en Guatemala. Al lado del Presidente progresista Arbenz, convulsiona peligrosamente, durante algunos meses, el "imperio del banano" de la United Fruit, pero la "plaga verde" ahoga en la cuna esta revolución demasiado joven.

LA SIERRA

1956. Guevara conoce en México a otro hijo de familia que, como él, ha roto con su clase. Este viene del Caribe y se llama Fidel Castro. Un encuentro, una amistad, una epopeya. El desembarco clandestino en Cuba. La Sierra Maestra. Doce apóstolos a los que Fidel y el "Ché" llaman los discípulos de la insurrección contra la dictadura de Batista instaurada con la bendición de Washington. Su grupo se convierte pronto en un batallón, en un ejército, en un pueblo. Un tren con refulsuros y municiones, suprema esperanza y supremo pensamiento del tirano, es hecho saltar en las cercanías de Santa Clara. Es el destacamento de Guevara el que lo ha asaltado y el que después libera la ciudad. El combate termina allí. Castro que sólo ganaba por puntos, pone K. O. a Batista y La Habana en delirio canta y baila su victoria al ritmo del cha-cha-cha.

Las lámparas de la "fiesta cubana" se apagaban. Los héroes no tienen tiempo para estar fatigados. Todo está por hacer. "¿Quién es economista? pregunta Castro. Guevara levanta el dedo. "Tú eres director del Banco Nacional".

El director, que conoce la teoría e ignora la técnica, firma "Ché" los nuevos billetes pues-



La reciente conferencia de la OLAS designó al Comandante Ernesto Ché Guevara como su presidente honorario. El retrato del heroico guerrillero, muerto en acción el ocho de octubre, se ve aquí como telón de fondo de la tribuna de honor, durante la sesión de clausura que terminó con la intervención de resumen del Primer Ministro Fidel Castro.

tos en circulación por la joven República. Se le dice que eso no se hace. No lo hará más.

Los fuera de la ley bajados de la Sierra se convierten —quiéranlo o no— en hombres de Estado y en padres de familia. Guevara, que se había divorciado de su primera mujer peruana, Hilda Gadea Acosta, se casa con una cubana, Aleida March. Su casa es humilde pero sus funciones son cada vez más altas en la medida en que las opciones socialistas de Cuba van tomando forma. Castro lo envía como embajador viajero a Punta del Este, a la primera conferencia interamericana; a la Argentina, al Brasil, a Nueva York, a la asamblea general de la NU, a Ginebra, a la conferencia mundial de comercio. Trae de esos viajes voluminosos informes, pero ningún juguete para sus tres hijos porque, según les explica: "los miles de niños pobres de Cuba os prohíben convertirlos en hijos de ricos".

Designado en 1961 Ministro de Industrias, Guevara no ahorra sus esfuerzos para desarrollar el primer "territorio libre de América", construir refinerías de azúcar y fábricas, hacer surgir humos fabriles en el paisaje inmutable de las plantaciones de caña. Los primeros periodistas norteamericanos que visitan la "isla roja" se asombran al descubrir un sistema planificado, jerarquizado y autoritario y una estricta disciplina allí donde creían iban a encontrar una amable comparsa. "Este Guevara, es un gerente", escribe pintorescamente el enviado especial del "New York Times".

El gerente, en tenida verde oliva y boina ne-

gra con la estrella de comandante, no es, sin embargo, un modelo corriente. Ciertamente que llega exactamente a la cita que a usted le fija, única excepción en Cuba, y expone sus planes con habilidad pero, por poco que se sienta en confianza, le comunica a usted su calor humano, le llama "camarada", se evade con usted de los esquemas y de las cifras y lo lleva a galopar, a paso de carga, en la problemática de los grandes combates del siglo.

Este moreno buenmozo no carece de encanto. Es menos enfático y más mesurado de lo que uno se imagina. Su ropa un poco descuidada, pero siempre correcta, el puro impresionante, pero no monstruoso. La cabellera negra rizada y la barba cuidada, encuadran y prolongan la regularidad de los rasgos. La sonrisa es juvenil y si la mirada a veces se enciende, también puede tornarse aterciopelada.

El "Ché" se entrega sin coquetería ni doblez. Número dos del país, después de Castro, pero pensador y organizador antes que tribuno, muestra algo de cansancio, una sospecha de irritación frente a ciertas servidumbres necesarias, frente a los juegos de escena y a las expresiones de la parada progresista, simpática pero ritual, que el público, sin cesar, pide una y otra vez en el gran "circo" cubano. Dice con una voz dulce en francés, en excelente francés: "Les honneurs, ca m'emmerde".

Los honores, talvez, pero no sus tareas, que evoca con pasión. Las dificultades de la industrialización de Cuba son enormes: exigüi-

dad del territorio, las trabas del bloqueo, el costo enorme de las instalaciones, la escasez de cuadros calificados. Para superarlos, asegura Guevara, hay que hacer llamado antes que nada al compromiso patriótico, al entusiasmo revolucionario, al esfuerzo desinteresado y voluntario, que más que la propia fe, mueve montañas.

COMBATIENTE DE LA NOCHE

En este punto se muestra intransigente, cuidadoso, alérgico a la crítica, la objeción, la duda, opuesto a toda concesión. ¿Tiene la idea de abrir algunos mercados privados para facilitar el flujo hacia la ciudad de los productos del campo? Fulmina. Recomienda la socialización total de la distribución. ¿Proyecta introducir en la agricultura un sistema de primas individuales y colectivas para aumentar la producción? Protesta, denuncia el principio del "interés", del "estímulo material" que, aún administrado en dosis homeopáticas y bajo control ideológico, lleva en sí mismo el germen de la corrupción.

Afirma que un buen reformismo también podría mejorar el nivel de vida de los cubanos, pero que su ambición sobrepasa este programa: "Es necesario, dice, condenar la rentabilidad, el provecho individual para llegar a la conciencia socialista... Es necesario primero cambiar la mentalidad de la masa para llegar al hombre nuevo".

Su apuesta es formidable. Guevara listo para doblar su postura antes que retirarla, está por mantenerla cueste lo que cueste. En el seno del gobierno, algunos de sus colegas estiman que el ritmo demasiado rápido que el "Ché" imprime a la economía cubana provoca tensiones excesivas. Discuten su gestión, preconizan métodos más suaves e incluso los aplican en sectores que escapan a la tutela del Ministro de Industrias.

Un debate a la vez práctico y teórico se plantea. Llamados para una consulta, Ernests Mandel y Charles Bettelheim aportan sus argumentos. En las revistas cubanas polemizan economistas extranjeros dispares. Los "expertos" occidentales formulan sentencias. Juegan el juego de los caramelos. Dorticós sería el suave, Castro el semi-duro, Guevara el duro, y aún el "chino", porque sostiene ciertas tesis de Pekín cuando plantea el problema del comercio con los Estados Socialistas sobre la base del "precio mundial" impuesto por los grandes Estados y los grandes monopolios capitalistas y haciéndolo levanta no una liebre sino un elefante de Africa y de Asia. Estas etiquetas son, sin embargo, superficiales y engañosas porque los esquemas prefabricados se ubican mal en las complejas y cambiantes realidades de América Latina. Lo único cierto es que las controversias son reales. Castro debe hacer el árbitro.

Guevara se aleja. Realiza, a partir de diciembre de 1964, una gira de tres meses por Africa y Asia. Se siente más y más combatiente del tercer mundo, ciudadano de tres continentes. Cuando regresa a La Habana, en marzo de 1965, ha decidido romper sus amarras, y tomar otro destino.

¿Para evitar las querellas y los enfrentamientos fratricidas que engendra casi siempre entre los amigos más fieles el ejercicio del poder? ¿Por qué prefiere Antígona a Creón?

Esta razón cuenta, sin duda, pero ella no es la esencial. El emigrante hace su reverencia, pero no parte al azar. Sus nuevos caminos han sido minuciosamente trazados. Publicó en 1962, un tratado clásico sobre "La Guerra de Guerrillas" y acaba de entregar a la luz sus recuerdos de la sierra, pero antes que jugar al antiguo combatiente prefiere retomar el rol de teórico que, sin cesar, confronta su doctrina con la experiencia concreta en el terreno. Si quiere merecer el título de "Mao Tse-tung de América Latina", debe iniciar su larga marcha.

¿Qué responde Castro? Fidel, habitualmente tan locuaz, no lo ha revelado jamás, ni siquiera a sus íntimos. Uno puede imaginar, sin embargo, el diálogo, Guevara dice que él es argentino. Que la experiencia cubana, por muy cara que sea a su corazón, le concierne menos que a los cubanos. Que su partida será dolorosa, pero fructuosa porque dará en el mundo una nueva dimensión de la Revolución Cubana. Castro tempestuoso, se conmueve, se deja convencer. Cortina sobre la escena shakespeariana.

EL MENSAJE

La desaparición espectacular del "Ché", desde el momento que es conocida, provoca un diluvio de comentarios, de hipótesis, de especulaciones. Toda la propaganda hostil al régimen cubano insinúa o pretende que Guevara, víctima de una purga de tipo staliniano, está preso y tal vez fue liquidado por Castro. Fidel, saltando por sobre las injurias, insulta públicamente a los calumniadores y da el 2 de octubre las explicaciones públicas en el curso de una ceremonia oficial televisada.

El incidente es emocionante, extraño. Algo ubicado entre los adioses de Napoleón en Fontainebleau y un hasta - la - vista - hermanos. Frente a la señora Guevara, hierática en su vestido azul oscuro, inmóvil en su pena; frente a los miembros del Comité Central del Partido Comunista cubano, nuevamente constituido, Castro lee la carta en la que Guevara anuncia que él abandona todas sus funciones e incluso su nacionalidad cubana. Por su voz el Ché, una vez, quizás la última, habla al pueblo: "Otras tierras en el mundo reclaman mis modestas fuerzas. Dejo en Cuba la parte más pura de mis esperanzas de constructor y lo que tengo de más querido entre los seres que amo".

Deja también los grandes afiches que en La Habana, gritan sobre la rampa, las aspiraciones difíciles y tenaces de un movimiento emancipador que quiere romper el "cordón sanitario" con que se la rodea, dejar atrás la insularidad, extenderse para sobrevivir: "Hemos hecho una revolución más grande que nosotros mismos... Esta gran humanidad ha dicho ¡basta! y se ha puesto a caminar... El deber de todo revolucionario es hacer la revolución". Estos slogans Guevara los sigue palabra por palabra. Marcha de guerrilla en guerrilla. Su bastón de peregrino es un bastón de dinamita. Cien veces en el oficio de las armas pone a prueba su obra revolucionaria.

Un halo de misterio lo rodea. En enero de 1966, un rumor se expande por La Habana donde sesiona la Tricontinental. Guevara honrará con su presencia la sesión de clau-

sura. Falso rumor. Es un nombre el que los delegados aclaman, no una presencia.

¿Dónde está el "Ché"? En todas partes y en ninguna. Los observadores se interrogan, los periodistas creen saberlo, los Larteguy y los Le Breton preparan libros. Las "informaciones" se suceden, contradictorias, inverificables, fabulosas. ¿El "Ché"? Se le habría visto en uniforme "constitucionalista" en Santo Domingo, con delantal blanco de médico en México, en tenida de guerrillero vietnamita, después de congelés, disfrazado de cura en los confines de Argentina y Brasil, vestido de alpinista en lo más alto de los Andes peruanos. Habría sido señalado en Guatemala, visto en Colombia, advertido en Chile. Una agencia noticiosa lo mata, otra lo resucita. Detrás de cada manifestación, de cada huelga, que en América Latina ponga en peligro el orden establecido, los sabuesos de la CIA y del FBI no huelen la mano de Moscú sino la barba de Guevara. La prensa mundial, a golpe de grandes titulares, teje su aureola y forja, más allá de la verdad, su leyenda de ubicuidad e invulnerabilidad. Para los "humillados y ofendidos" latinoamericanos, no es solamente el nuevo Bolívar al que los cantos de los guerrilleros exaltan sus hazañas. Es Fantomás, el inasible Zorro, el intrépido Justiciero. Cuando su madre muere en Argentina, los estudiantes de izquierda van a llenar su tumba con flores escarlatas y estas rosas rojas de Buenos Aires tienen el color de un desafío.

Los "gendarmes del mundo" con acento yanqui pagarían muy caro por dejar de ser ridiculizados por este pequeño diablo que los provoca y los hiere, mientras Castro vierte sobre sus heridas de amor propio la sal de su insolente causticidad. ¿Estáis inquietos señores imperialistas? Tomad, entonces, tranquilizantes. ¿Por qué no tratáis de fotografiar al "Ché" con vuestros U-2?. Desgraciadamente es más difícil hoy encontrar un hombre que a un cohete".

Estos sarcasmos llegan lejos y hacen mal. Washington reacciona cada vez más duramente. La Casa Blanca da órdenes, sus gorilas se inquietan, los policías muestran sus dientes, los helicópteros planean por todas partes, y los "marines" patrullan y patrullan. Nada. El "Ché" es inubicable.

Si él sale un instante de la sombra será en la hora que él escoja. El 16 de abril de 1967, Osmani Cienfuegos, secretario de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina entrega a la prensa internacional seis fotos y el texto de un artículo que Guevara le acaba de hacer llegar. Las fotos muestran al "Ché" en muy buen pie, de buen aspecto y bien armado. Se ha afeitado la barba —la clandestinidad obliga— pero ha conservado su puro. Conciso, pero elocuente, recuerda a todos los que se sientan tentados de olvidar que su romance de capa y espada —¡qué romance su vida!— no tiene más sentido que el servicio del ensayo político y aun filosófico.

"DOS, TRES, MUCHOS VIETNAM"

Su mensaje es un canto profundo con registros diversos, cruel en el análisis, impetuoso en las conclusiones. Se extiende sobre un cuadro sin complacencias de la formidable potencia moderna, tecnológica del capitalis-

mo en su fase suprema con rostro norteamericano. Para que cesen en el mundo la explotación inhumana y la represión feroz, es necesario "destruir el imperialismo por la eliminación de su bastión más fuerte: el dominio de los Estados Unidos".

La táctica no es menos clara que el objetivo: "Crear dos, tres, muchos Vietnam para obligar al imperialismo a dispersar sus fuerzas". La estrategia será global, planetaria. Será necesario que los soviéticos y los chinos, a despecho de sus divergencias, concluyan por establecer un frente común, "porque el enemigo está allí, golpea todos los días y amenaza dar nuevos golpes". ¡Unidad!, ¡unidad!. En cuanto a la levadura que permitirá los levantamientos fantásticos que la humanidad espera, héla aquí: "El odio como factor de lucha, el odio intransigente hacia el enemigo que lleva al ser humano más allá de los límites naturales y lo convierte en una máquina de matar eficaz, violenta, selectiva y fría".

Se mantiene la apuesta, la apuesta sobre el hombre que podrá cambiar, sobrepasarse para destruir al opresor como se sobrepasó en Cuba para construir el socialismo.

Esta frase va firmada. Lleva la huella de Guevara. Garantiza la autenticidad de su mensaje. Es claramente la voz de Guevara que se levanta, lírica hasta la sombra, apoteósica de la peroración, y que es a la vez llamado a las armas, profesión de fe y testamento político: "Poco importa el lugar en que me sorprenda la muerte. Que sea bienvenida si nuestro llamado ha sido escuchado, que otra mano se extienda para empuñar las armas, y que, entre el crepitar de las ametralladoras, otros hombres se levanten para entonar los cantos fúnebres y para lanzar nuevos gritos de guerra y de victoria".

Considerar como su patria toda tierra donde los núcleos revolucionarios puedan surgir... Hacer de la fórmula cubana "Patria o muerte, venceremos" una divisa y un dilema cotidianos. Asumir plenamente el compromiso y el riesgo, incluso aunque no se le busque inútilmente... Vivir peligrosamente... Se puede uno encoger de espaldas, hablar de fuga anticipada, decir que es más fácil morir por una idea que vivir para ella. Pero antes es necesario tener una idea. La del "Ché" es neta, sumaria en ciertos aspectos, pero su misma simplicidad es la que le da su fuerza.

El debate sobre la lucha armada hace que se le ame poco, mucho, apasionadamente o nada. Pero el debate ha estallado entre los revolucionarios de América Latina. Los escépticos, traumatizados por el fracaso peruano, ponen en duda los métodos del "Ché". Este a guisa de respuesta les entrega un plato a su manera: la guerrilla boliviana.

Usted escoge las "condiciones objetivas" favorables, el momento propicio y el lugar oportuno, en el hecho la selva boliviana. Usted toma militantes comunistas prosoviéticos, comunistas prochinos, trotskistas, nacional-revolucionarios, para que cada corriente política esté representada e interesada. Usted le agrega una pinta, un grano, de intelectuales —comisarios políticos y médicos. Lo mezcla en proporciones iguales —es todo el secreto de la receta—, campesinos super explotados que no tienen nada que perder y obreros que prefieren morir con la dinamita en la mano an-

tes que ser masacrados cada dos años por el ejército en torno a las minas de estaño. Lo agita, lo agita bastante. Lo sirve caliente, muy caliente y usted tiene entonces una explosión de fuego de Dios, que repercute hasta en los pasillos del Pentágono, que, en La Paz, radicaliza las luchas estudiantiles y sindicales, agudiza las contradicciones de la oligarquía dominante y que, en fin, de un solo golpe da a conocer a la opinión mundial el drama de un país olvidado.

Hoy, Bolivia y el "Ché" se han convertido en vedettes de actualidad. Se sabe en el mundo que un puente aéreo ininterrumpido ha llevado al terreno más de cinco mil "boinas verdes" e innumerables "consejeros militares" norteamericanos que han tomado bajo su control las operaciones de represión. El 23 de marzo último, Guevara concedió una entrevista a Régis Debray, pero éste a su vuelta fue detenido. La operación periodística fracasó. La guerrilla prosigue favorablemente. En la medida que ella progresa los combates se hacen más duros.

LA TRAGEDIA OPTIMISTA

El "Ché" puede conducirla a nuevos éxitos en la misma forma que él puede dejar Bolivia para encaminar sus pasos hacia otros núcleos guerrilleros más débiles que reclamen su ayuda, o como puede mañana dejarse sorprender en una emboscada mediocre y caer anónimamente alcanzado por una bala estúpida. Con todo lo que tiene de imprevisible su destino está, sin embargo, en cierto modo, tallado.

El hombre puede desaparecer. Sus ideas seguirán abriéndose paso. En Cuba, sus tesis de la prioridad absoluta del "estimulante ideológico" están en camino de imponerse definitivamente. En La Habana, agosto de 1967, la primera conferencia plenaria de la Organización Latinoamericana de Solidaridad, de la que fue elegido presidente honorario, consagró todas sus teorías sobre la lucha armada. En la reciente conferencia ministerial de la Organización de Estados Americanos, Johnson se interesó mucho menos en las voluminosas carpetas estimulándolo a iniciar una nueva escalada en la lucha de EE. UU. y sus aliados

contra Cuba, que en unas fotos minúsculas y absorbentes que le mostraron ante sus ojos la pesadilla de siempre: Guevara.

Hoy, desde el fondo de su guerrilla, mañana tal vez desde el fondo de su tumba, el "Ché" indicará siempre el camino de las torturas y las masacres, pero también las promesas de la edad de oro, el paraíso al alcance de los fusiles para ese universo de la miseria y del hambre. El anuncia, no los mañanas, sino los pasadomañana que cantan las fuerzas insurgentes de una humanidad que emerge de la noche neocolonial. El proclama, como un nuevo Saint-Just, que la felicidad es una idea nueva en el tercer mundo y que por ella, gracias a ella, el mundo, por fin, va a cambiar verdaderamente en sus fundamentos. Profetiza, después de las convulsiones y los apocalipsis próximos, un futuro de beatífico sosiego. La batalla está recién comenzando pero para él el despegue es cierto, y la sangre, el sudor y las lágrimas de las generaciones prometidas al "sacrificio del mañana" no tienen más que una importancia relativa si los pueblos —Prometeo— rompen las cadenas del imperialismo, si las naciones proletarias se liberan y los Calibanes vencedores hacen nacer un nuevo humanismo.

Siempre la misma apuesta, nutrida de certezas categóricas, el acto de fe tal vez justificado, tal vez ingenuo, tal vez loco, grandioso en todo caso, en las posibilidades de la condición humana y en el porvenir mejor de la especie. He aquí también la última paradoja de Guevara. Este compañero de la noche y de la muerte, este caballero de una sola esperanza confundida con la violencia creadora de la Historia, este lanzador de brulotes, este encendedor de incendios, este extremista de la acción directa, este fabricante de tumultos y rebeliones, este agnóstico antinihilista y creyente, este patético que impulsa hasta su paroxismo el muy hispánico "sentimiento trágico de la vida", es al final el más resuelto, el más tenaz, el más sereno de los optimistas.

La última llave del "Ché" es la que él mismo nos ha entregado cuando escogió como exordio para su mensaje del 16 de abril esta cita de José Martí: "Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz".

ALBERT-PAUL LENTIN

"Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común los ejercita".

("El Socialismo y el Hombre en Cuba", carta del Ché Guevara a Carlos Quijano, director del semanario "Marcha" de Montevideo).

¿Puede haber una revolución en la revolución?

Por Rodolfo Puiggrós

BUENOS AIRES, septiembre.— El proceso iniciado a Régis Debray, tiene derivaciones que escaparon a la previsión de los acusadores: la notoriedad que le dan todos los órganos publicitarios hace que las obras del joven filósofo francés, discípulo de Althusser y Sartre, alcancen extraordinaria difusión, particularmente entre la juventud latinoamericana. Es un fenómeno raro, tratándose de un escritor político europeo que habla de nuestras cosas, pero de todos modos constituye un síntoma impresionante de la avidez de los jóvenes por descubrir caminos que saquen a sus países de la modorra.

No es nuestra intención referirnos ahora, en especial, al libro que condensa el pensamiento de Debray —**¿Revolución en la Revolución?**—, sino más bien a la respuesta que de inmediato, y con evidente apresuramiento, le ha dado el Partido Comunista de la Argentina, en base a un informe de Rodolfo Ghioldi y bajo el título de “No puede haber una Revolución en la Revolución”.

¿Biologismo e irracionalismo de Debray o debilidad senil y estulticia de Ghioldi?

Nada parece afectar tanto a los autores de la respuesta como la afirmación de Debray de que para afrontar las inclemencias y dificultades de la guerrilla es menester ser joven. En esa opinión descubren “trotskismo”, “hitlerismo”, “orteguismos”, “irracionalismo”, “biologismo” y, en fin, cuantos ismos se pueden acumular en las siguientes líneas:

“Manifiestamente, Debray abandona el terreno de lo social para basarse en el dato biológico. La marcha de la historia estaría condicionada por la edad de los individuos que en ellas intervienen, y antes que nada por los que por su edad temprana pueden hacerse montañeses y ser capaces de respirar en las alturas. Partiendo de la biología, algunos sociólogos burgueses han ido más lejos todavía y han acuñado la noción de “genes de conciencia”.

“Esta tentativa asombrosa de biologización de lo social, de pretender conducir la marcha de los fenómenos sociales por la edad física de las personas, haciendo que los rijan las leyes biológicas, testimonia un divorcio completo con la doctrina marxista-leninista, con el materialismo histórico y con la concepción de la lucha de clases y de yapa significa la tentativa irracional de confundir en un solo haz las leyes biológicas y las leyes del desarrollo social, negándose de esta manera el hecho de que estas últimas, las de la sociedad, son específicas y cualitativamente diferentes.

¿“Parentesco ideológico con Ortega y Gasset” o deformación inescrupulosa de Debray?

“Ya en su folleto anterior el autor se manifiesta adepto de la concepción que nace de la llamada “ruptura generacional”, y por la cual, como se ha visto, la virtud revolucionaria está en la gente de edad temprana. Esta demagogia que hace de los jóvenes el barómetro exclusivo de la marcha revolucionaria integró igualmente la línea política de Trotski. ¿Será entonces, por ejemplo, que la juventud hitleriana, sencillamente por su edad, deja de ser considerada como fascista? Por esta vertiente, el autor se aproxima a la doctrina generacional, tan típica de ciertas corrientes de la filosofía idealista de la burguesía. José Ortega y Gasset, que se rebeló contra la “vulgaridad de las masas”, que escribió que si el hombre-masa sigue siendo dueño de Europa “bastarán treinta años para que nuestro continente retroceda a la barbarie”, que repudió la “hiperdemocracia” y la “masificación”, es a la vez uno de los paladines de la teoría generacional; “el drama de las generaciones”, como él lo decía, constituye el perno de su concepción de la historia. Sostuvo que el mundo, entendido como la sociedad en que uno está inserto, cambia cada quince años. Y Julián Marías, su discípulo y continuador, ha elaborado sobre esa base todo un cuerpo de doctrina generacional, llegando al minucioso cálculo de que seis generaciones forman una época histórica. De manera que si en este punto el autor de **¿Revolución en la Revolución?** no está en la compañía de Marx, Engels y Lenin puede jactarse en cambio de su parentesco ideológico con Ortega y Marías”.

El lector tiene derecho a preguntarse, después de abandonar la maraña de esos párrafos abrumadores, a qué se debe tanta iracundia contra Debray nada más que por haber señalado que la guerrilla exige energías físicas propias de la juventud. Y se asombrará de cierto airecillo de burla y superioridad hacia las gentes de “edad temprana”. No hay en los escritos del filósofo francés una sola palabra que permita incluirlo entre los adeptos a la teoría orteguista de las generaciones, y mucho menos a complicarlo con las juventudes hitleristas. Por lo demás, quien haya leído **¿Revolución en la Revolución?** recordará que Debray critica duramente, y con sólidos argumentos, al trotskismo.

Los autores de la respuesta vienen empleando desde hace medio siglo —edad que en enero próximo cumplirá el Partido Comunista de la Argentina—, el método nada cartesiano de deformar, exagerar e inventar opiniones del adversario para luego darse el lujo de atacar

esas fantasías tartarinescas. Son personas entre 70 y 80 años que figuran invariablemente desde 1918 como dirigentes de una minúscula secta impopular, cuya fuerza se mide por el dinero que recolecta en campañas financieras anuales. Por razones obvias carecen de aptitudes para saltar alambrados, escalar montañas y dormir a la intemperie, pero lo menos que podría pedírseles es respeto y comprensión hacia revolucionarios desde su punto de vista de ex revolucionarios de una revolución que no hicieron. Con su virulento tono antigeneracional pretenden tapar el cielo con un arnero, pues tropiezan con insalvables dificultades para convencer a los jóvenes de que les sigan por caminos sin esperanzas.

Los "modelos europeos" y la incapacidad para interpretar la realidad de nuestros países.

Nada ha perjudicado tanto en América Latina a la causa de la emancipación nacional y de los cambios sociales como la teoría positivista de los modelos y antimodelos tomados de otros países y situaciones históricas. Rodolfo Ghioldi y demás autores del folleto que comentamos nunca dejaron de cultivar fanáticamente esa teoría. Su modelo absoluto, válido para todos los tiempos y lugares, es la Revolución Rusa; vale decir que la Revolución Rusa sigue siendo medio siglo después el pivote de cualquier cambio posible e imaginable y el camino único fuera del cual sólo existirían esas horribles herejías que ellos descubren en cuantos revolucionarios buscan las raíces particulares de cada transformación social.

Piensen, por supuesto, que la Revolución China, 30 años posterior a la rusa, configuró un apartamiento del modelo eterno elaborado de una vez para siempre en 1917. Mao, según dicen, debía haberse atenido estrictamente a lo que se hizo en el antiguo imperio de los zares, esto es, que en vez de usar la dialéctica y el método histórico para valorar las nuevas y distintas situaciones de China le correspondía enajenarse a una concepción metafísica y fijista. No cabe duda que de haber seguido Mao tan relevantes consejos todavía estarían los mandarines o Chiang-Kai Shek en Pekín.

Una de las más tremendas acusaciones que hacen a Debray, además de "sus benevolencias con Trotski", es la de que sigue "la política aventurera de Mao y su dictadura burocrático-militar". No hay tal cosa; al escritor francés se le puede criticar por atenerse demasiado a la letra a un presupuesto cubano de revolución, y por falta de análisis de la lucha de clases y de las contradicciones peculiares de la política de cada país, pero de ningún modo por plantearse la disyuntiva Moscú o Pekín y quedarse con Pekín.

La desgracia de los redactores del folleto anti-Debray es que están absolutamente incapacitados, por una inhibición que les viene del origen de esos partidos, para interpretar la realidad económica, política y social de sus respectivos países fuera de un rígido cuadro internacional. No han aprendido nada de sus errores en progresión geométrica, ni de la transformación operada en el mundo durante el último medio siglo. Todo está para ellos como era entonces. Su lenguaje no ha variado un ápice. Las siguientes frases, con que se

inaugura el folleto, se han repetido incansablemente en millares, tal vez en millones, de documentos del ya largo período:

"Los éxitos histórico-mundiales de la revolución socialista de octubre, la firme marcha de la Unión Soviética hacia la sociedad comunista, el auge del movimiento proletario y comunista mundial y las luchas victoriosas de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes por su liberación nacional y social, acorralan cada vez más al imperialismo y la reacción y precipitan su colapso. La existencia del sistema socialista mundial socava las bases del sistema capitalista y condiciona el **factor principal** del curso de los acontecimientos internacionales".

Hay gran diferencia entre ubicar históricamente el significado trascendente de la Revolución Rusa y de la Unión Soviética, o hacer de ellas "el factor principal" de los cambios mundiales. De hecho convierten ese factor en "único" y subordinan a él la Revolución China de 1949 (a la que acusan de haberse alejado después de la buena senda), a la Revolución Cubana (a la que ya comienzan a criticar con la misma excusa), a la lucha del pueblo vietnamita, a los combates de los pueblos por su emancipación en Asia, Africa y América Latina, y hasta a la insurrección de los negros norteamericanos. Desaparece así toda perspectiva de cambio revolucionario que no encaje dentro de la política soviética de coexistencia pacífica.

Uruguay: "¿todo el poder a los soviets?"...

Es sabido que si se deja a las masas abandonadas a su propia espontaneidad se las condena a la derrota y a la anarquía. Pero es igualmente dañino y contrarrevolucionario lo contrario: matar la espontaneidad de las masas. La capacidad del conductor revolucionario se mide por los éxitos que logra al transformar la espontaneidad en conciencia, partiendo de la propia espontaneidad y no intentando inútilmente introducir en las masas una conciencia extraña que ellas repudian.

Pues bien, si las izquierdas latinoamericanas reflexionaran autocriticamente sobre las causas que las mantienen, después de varias décadas de minoritaria actuación, al margen del proceso histórico, descubrirían que una de ellas, por muchas razones la principal, es que se opusieron y se oponen sistemáticamente a toda manifestación espontánea del movimiento de masas y, en vez de encauzarlo y darle una conciencia revolucionaria, pretenden imponerle una dogmática ajena e incomprensible para los trabajadores. El escritor uruguayo Ares Pons recuerda que allá por el año 20 los comunistas uruguayos pintaron toda la carretera de Montevideo a Colonia con la leyenda: "Todo el poder a los soviets", ante el asombro de los peones de estancia, a quienes iba dirigida, que no se dieron por aludidos por lo que creían una jergonza. Esa consigna hace mucho rato que no se pinta, pero sí se analizan con detenimiento y desapasionadamente las que la sustituyen en la actualidad se comprobará la misma tendencia a desviar los problemas reivindicatorios concretos de las masas hacia perspectivas mundiales que los oscurecen. Es decir, las crónicas direcciones izquierdistas no parten de lo particular a lo



Fidel Castro: "Los maduros, los supermaduros, se han madurado tanto que se han podrido..." (del discurso pronunciado por el Primer Ministro cubano en la clausura de la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en La Habana, el 10 de agosto de 1967).

general, de lo nacional a lo internacional, sino al revés, en una típica inversión idealista. Por eso no consiguen salir del círculo cerrado y pequeño de iniciados en un esoterismo bastante grosero.

Inercia conservadora vs. dialéctica revolucionaria.

Después de haber establecido en el cielo una relación entre **¿Revolución en la Revolución?** de Régis Debray y los maoístas, trotskistas, hitleristas, orteguistas, irracionales y sociólogos burgueses, los autores de "No puede haber una "Revolución en la Revolución" descubren "una amplia coincidencia entre las

ideas de la izquierda nacional latinoamericana" y las expuestas por el filósofo francés. Lo curioso, casi diríamos espantoso del caso, es que sostienen que hoy deben emplearse "las ideas, la táctica y los métodos de hace veinte años" en la lucha antimperialista, y que la "izquierda nacional latinoamericana", al querer renovarlos, sirve a los intereses del "nacionalismo burgués". No corresponde estudiar aquí críticamente las distintas y complejas expresiones de la "izquierda nacional" latinoamericana. Sólo diremos que no es posible ubicarla ni comprenderla partiendo de una concepción tan inerte y antidialéctica como la de que, en nuestros tiempos, "las ideas, la táctica y los métodos" revolucionarios no cambian en 20 años. La coincidencia con los católicos preconciliares salta a la vista.

El "dollfussiano" Onganía y el vacío Ghioldi.

Y como todo permanece igual que entonces, en vez de juzgar al argentino Perón y al brasileño Vargas en función de los hechos y de la historia de sus respectivos pueblos, les siguen colgando el fácil sambenito de "nazifascistas", lo que no dice nada a su favor o en contra, salvo a los criterios infantiles que se impresionan con las palabras fuertes. A la misma línea de buscar comparaciones extrañas, y a veces extravagantes, pertenece la definición que da Rodolfo Ghioldi del presidente Onganía: lo llama "dollfussiano". El lector desprevenido tendrá que esforzar la memoria para recordar que en 1892-1934 hubo en Austria un canciller, de nombre Engelberto Dollfuss, a quien ahora resucita nuestro autor para caracterizar al actual gobernante de la Argentina. En suma: una palabra vacía.

Acusación maliciosa y cobarde.

No es posible pasar por alto una alusión maliciosa e indirecta con que se inicia el folleto "No puede haber una "Revolución en la Revolución". Viene a ser algo así como el encuadre general de los ataques posteriores a Debray y a la izquierda nacional. Es esta:

"La corrupción ideológica no resulta ser apenas una actividad espontánea de los voceros teóricos burgueses, sino una acción minuciosamente planificada, financiada y dirigida por el imperialismo, como lo prueba la revelación pública de hace algunas semanas acerca de los fondos cuantiosos consagrados por la CIA para subvencionar a diarios, editoriales, instituciones sindicales y universitarias, organismos culturales, partidos políticos, misión en la cual aquel centro tenebroso cuenta con la complicidad de numerosas fundaciones norteamericanas".

El método es el mismo, como se ve, de hace veinte y cincuenta años: Ponerse a salvo de cualquier posibilidad de polémica, para la cual no están habilitados y a la que eluden para evitar que salgan a relucir lo que bondadosamente llamaremos traspiés del pasado. Y lo hacen insinuando que detrás de Debray y de la izquierda nacional latinoamericana está la CIA. Por suerte la juventud no se deja engañar por ese chantaje moral que tan mal parada deja a la promoción generacional de la revolución congelada.

GUERRA DE GUERRILLAS: UN METODO

Por Ernesto Ché Guevara

LA guerra de guerrillas ha sido utilizada innumeradas veces en la historia en condiciones diferentes y persiguiendo distintos fines. Ultimamente ha sido usada en diversas guerras populares de liberación donde la vanguardia del pueblo eligió el camino de la lucha armada irregular contra enemigos de mayor potencial bélico. Asia, Africa y América, han sido escenario de estas acciones cuando se trataba de lograr el poder en lucha contra la explotación feudal, neocolonial o colonial. En Europa se la empleó como complemento de los ejércitos regulares propios o aliados.

En América se ha recurrido a la guerra de guerrillas en diversas oportunidades. Como antecedente mediato más cercano puede anotarse la experiencia de César Augusto Sandino, luchando contra las fuerzas expedicionarias yanquis en la Segovia nicaragüense. Y, recientemente, la guerra revolucionaria de Cuba. A partir de entonces, en América se han planteado los problemas de la guerra de guerrillas en las discusiones teóricas de los partidos progresistas del Continente y la posibilidad y conveniencia de su utilización es materia de polémicas encontradas.

Estas notas tratarán de expresar nuestras ideas sobre la guerra de guerrillas y cuál sería su utilización correcta.

Ante todo hay que precisar que esta modalidad de lucha es un método; un método para lograr un fin. Ese fin, indispensable, ineludible para todo revolucionario, es la conquista del poder político. Por tanto, en los análisis de las situaciones específicas de los distintos países de América, debe emplearse el concepto de guerrilla reducido a la simple categoría de método de lucha para lograr aquel fin.

Casi inmediatamente surge la pregunta: ¿El método de la guerra de guerrillas es la fórmula única para la toma del poder en la América entera?; o ¿será, en todo caso, la forma predominante?; o, simplemente, ¿será una fórmula más entre todas las usadas para la lucha? y, en último extremo, se preguntan, ¿será aplicable a otras realidades continentales el ejemplo de Cuba? Por el camino de la polémica, suele criticarse a aquellos que quieren hacer la guerra de guerrillas, aduciendo que se olvidan de la lucha de masas, casi como si fueran métodos contrapuestos. Nosotros rechazamos el concepto que encierra esa posición; la guerra de guerrillas es una guerra de pueblo, es una lucha de masas. Pretender realizar este tipo de guerra sin el apoyo de la población, es el preludio de un desastre inevitable.

La guerrilla es la vanguardia combativa del pueblo, situada en un lugar determinado de algún territorio dado, armada, dispuesta a desarrollar una serie de acciones bélicas tendientes al único fin estratégico posible: la toma del poder. Está apoyada por las masas campesinas y obreras de la zona y de todo el

territorio de que se trate. Sin esas premisas no se puede admitir la guerra de guerrillas.

“En nuestra situación americana, consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la Revolución Cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas: Primero: las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército. Segundo: no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas. Tercero: en la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo”. (“La Guerra de Guerrillas”).

Tales son las aportaciones para el desarrollo de la lucha revolucionaria en América, y pueden aplicarse a cualquiera de los países de nuestro Continente en los cuales se vaya a desarrollar una guerra de guerrillas.

La Segunda Declaración de La Habana señala: “En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que, con todo lo duras que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en las más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario, en proporciones que a veces sobrepasan el setenta por ciento de las poblaciones latinoamericanas.

“Descontando los terratenientes, que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial.

“Los ejércitos, estructurados y equipados para la guerra convencional, que son la fuerza en que se sustenta el poder de las clases explotadoras, cuando tienen que enfrentarse a la lucha irregular de los campesinos en el escenario natural de éstos, resultan absolutamente impotentes; pierden diez hombres por cada combatiente revolucionario que cae, y la desmoralización cunde rápidamente en ellos al tener que enfrentarse a un enemigo invisible e invencible que no les ofrece ocasión de lucir sus tácticas de academia y sus fanfarrias de guerra, de las que tanto alarde hacen para reprimir a los obreros y a los estudiantes en las ciudades.

“La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en mil pedazos, y es entonces el momento en que la clase obrera y las masas urbanas deciden la batalla.

“¿Qué es lo que desde el comienzo mismo de la lucha de esos primeros núcleos los hace invencibles, independientemente del número, el poder y los recursos de sus enemigos? El apo-

yo del pueblo, y con ese apoyo de las masas contarán en grado cada vez mayor.

“Pero el campesino es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

“En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas”. (Segunda Declaración de La Habana).

Completando el alcance de estas afirmaciones que constituyen el nudo de la declaración revolucionaria de América, la Segunda Declaración de La Habana expresa en otros párrafos lo siguiente: “Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución, según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

“Que ésta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios; depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas las esperanzas de una vida mejor.

“En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados”. (Segunda Declaración de La Habana).

Partiremos de estas bases para el análisis de toda la cuestión guerrillera en América.

Establecimos que es un método de lucha para obtener un fin. Lo que interesa, primero, es analizar el fin y ver si se puede lograr la conquista del poder de otra manera que por la lucha armada, aquí en América.

La lucha pacífica puede llevarse a cabo mediante movimientos de masas y obligar —en

situaciones especiales de crisis— a ceder a los gobiernos, ocupando eventualmente el poder las fuerzas populares que establecerían la dictadura proletaria. Correcto teóricamente. Al analizar lo anterior en el panorama de América, tenemos que llegar a las siguientes conclusiones: En este Continente existen en general condiciones objetivas que impulsan a las masas a acciones violentas contra los gobiernos burgueses y terratenientes, existen crisis de poder en muchos otros países y algunas condiciones subjetivas también. Claro está que, en los países en que todas las condiciones estén dadas, sería hasta criminal no actuar para la toma del poder. En aquellos otros en que esto no ocurre es lícito que aparezcan distintas alternativas y que de la discusión teórica surja la decisión aplicable a cada país. Lo único que la historia no admite es que los analistas y ejecutores de la política del proletariado se equivoquen. Nadie puede solicitar el cargo de partido de vanguardia como un diploma oficial dado por la Universidad. Ser partido de vanguardia es estar al frente de la clase obrera en la lucha por la toma del poder, saber guiarla a su captura, conducirla por los atajos, incluso. Esa es la misión de nuestros partidos revolucionarios y el análisis debe ser profundo y exhaustivo para que no haya equivocación.

Hoy por hoy, se ve en América un estado de equilibrio inestable entre la dictadura oligárquica y la presión popular. La denominamos con la palabra oligárquica pretendiendo definir la alianza reaccionaria entre las burguesías de cada país y sus clases de terratenientes, con mayor o menor preponderancia de las estructuras feudales. Estas dictaduras transcurren dentro de ciertos marcos de legalidad que se adjudicaron ellas mismas para su mejor trabajo durante todo el período irrestricto de dominación de clase, pero pasamos por una etapa en que las presiones populares son muy fuertes; están llamando a las puertas de la legalidad burguesa y ésta debe ser violada por sus propios autores para detener el impulso de las masas. Sólo que las violaciones descaradas, contrarias a toda legislación preestablecida —o la legislación establecida a posteriori para santificar el hecho—, ponen en mayor tensión a las fuerzas del pueblo. Por ello, la dictadura oligárquica trata de utilizar los viejos ordenamientos legales para cambiar la constitucionalidad y ahogar más al proletariado, sin que el choque sea frontal. No obstante, aquí es donde se produce la contradicción. El pueblo ya no soporta las antiguas y, menos aún, las nuevas medidas coercitivas establecidas por la dictadura, y trata de romperlas. No debemos de olvidar nunca el carácter clasista, autoritario y restrictivo del Estado burgués. Lenin se refiere a él así: “El Estado es producto y manifestación del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradiccio-

“Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen. Y cada pueblo que se libere, es una fase de la batalla por la liberación del propio pueblo que se ha ganado”.

(Mensaje del Ché a la Tricontinental, abril de 1967).

nes de clase no pueden, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables". ("El Estado y la Revolución").

Es decir, no debemos admitir que la palabra democracia, utilizada en forma apologética para representar la dictadura de las clases explotadoras, pierda su profundidad de concepto y adquiera el de ciertas libertades más o menos óptimas dadas al ciudadano. Luchar solamente por conseguir la restauración de cierta legalidad burguesa sin planearse, en cambio, el problema del poder revolucionario, es luchar por retornar a cierto orden dictatorial preestablecido por las clases sociales dominantes; es, en todo caso, luchar por el establecimiento de unos grilletes que tengan en su punta una bola menos pesada para el presidiario.

En estas condiciones de conflicto, la oligarquía rompe sus propios contratos, su propia apariencia de "democracia" y ataca al pueblo, aunque siempre trate de utilizar los métodos de la superestructura que ha formado para la opresión. Se vuelve a plantear en ese momento el dilema: ¿Qué hacer? Nosotros contestamos: La violencia no es patrimonio de los explotadores, la pueden usar los explotados y, más aún, la deben usar en su momento. Martí decía: "Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable".

Lenin, por otra parte, expresaba: "La social-democracia no ha mirado nunca ni mira la guerra desde un punto de vista sentimental. Condena en absoluto la guerra como recurso feroz para dilucidar las diferencias entre los hombres, pero sabe que las guerras son inevitables mientras la sociedad esté dividida en clases, mientras exista la explotación del hombre por el hombre. Y para acabar con esa explotación no podremos prescindir de la guerra, que empiezan siempre y en todos los sitios las mismas clases explotadoras, dominantes y opresoras". Esto lo decía en el año 1905; después, en "El programa militar de la revolución proletaria", analizando profundamente el carácter de la lucha de clases, afirmaba: "Quien admita la lucha de clases no puede menos que admitir las guerras civiles, que en toda sociedad de clase representan la continuación, el desarrollo y el recrudecimiento —naturales y en determinadas circunstancias inevitables— de la lucha de clases. Todas las grandes revoluciones lo confirman. Negar las guerras civiles u olvidarlas sería caer en un oportunismo extremo y renegar de la revolución socialista".

Es decir, no debemos temer a la violencia, la partera de las sociedades nuevas; sólo que esa violencia debe desatarse exactamente en el momento preciso en que los conductores del pueblo hayan encontrado las circunstancias más favorables.

¿Cuáles serán éstas? Dependen, en lo subjetivo, de dos factores que se complementan y que a su vez se van profundizando en el transcurso de la lucha: la conciencia de la necesidad del cambio y la certeza de la posibilidad de este cambio revolucionario; los que, unidos a las condiciones objetivas —que son grandemente favorables en casi toda América para el desarrollo de la lucha—, a la firmeza en la voluntad de lograrlo y a las nue-

vas correlaciones de fuerzas en el mundo, condicionan un modo de actuar.

Por lejanos que estén los países socialistas, siempre se hará sentir su influencia bienhechora sobre los pueblos en lucha, y su ejemplo educador les dará más fuerza. Fidel Castro decía el último 26 de julio: "Y el deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber de los revolucionarios, de los revolucionarios latinoamericanos, no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas ¡y hacer las revoluciones!".

Hay quienes dicen "admitamos" la guerra revolucionaria como el medio adecuado, en ciertos casos específicos, para llegar a la toma del poder político; ¿de dónde sacamos los grandes conductores, los Fidel Castro que nos llevan al triunfo?". Fidel Castro, como todo ser humano, es un producto de la historia. Los jefes militares y políticos, que dirijan las luchas insurreccionales en América, unidos, si fuera posible, en una sola persona, aprenderán el arte de la guerra en el ejercicio de la guerra misma. No hay oficio ni profesión que se pueda aprender solamente en libros de texto. La lucha, en este caso, es la gran maestra.

Claro que no será sencilla la tarea ni exenta de graves amenazas en todo su transcurso.

Durante el desarrollo de la lucha armada aparecen dos momentos de extremo peligro para el futuro de la revolución. El primero de ellos surge en la etapa preparatoria y la forma en que se resuelva da la medida de la decisión de lucha y claridad de fines que tengan las fuerzas populares.

Cuando el Estado burgués avanza contra las posiciones del pueblo, evidentemente tiene que producirse un proceso de defensa contra el enemigo que, en ese momento de superioridad, ataca. Si ya se han desarrollado las condiciones objetivas y subjetivas mínimas, la defensa debe ser armada, pero de tal tipo que no se conviertan las fuerzas populares en meros receptores de los golpes del enemigo; no dejar tampoco que el escenario de la defensa

"Los partidos marxistas no pueden cruzarse de brazos esperando que las condiciones objetivas y subjetivas, formadas a través del complejo mecanismo de la lucha de clases, alcancen todos los requisitos necesarios para que el poder caiga en manos del pueblo como una fruta madura. Enseña el papel dirigente de catalizador de este partido, vanguardia de la clase obrera, dirigente de su clase, que sabe mostrarle el camino del triunfo y acelerar el paso hacia nuevas situaciones sociales".

(Ché Guevara, prólogo al libro "El Partido Marxista-Leninista", abril de 1963).

armada simplemente se transforme en un refugio extremo de los perseguidos.

La guerrilla, movimiento defensivo del pueblo en un momento dado, lleva en sí, y constantemente debe desarrollarla, su capacidad de ataque sobre el enemigo. Esta capacidad es la que va determinando con el tiempo su carácter de catalizador de las fuerzas populares. Vale decir, la guerrilla no es autodefensa pasiva, es defensa con ataque y, desde el momento en que se plantea como tal, tiene como perspectiva final la conquista del poder político.

Este momento es importante. En los procesos sociales la diferencia entre violencia y no violencia no puede medirse por las cantidades de tiros intercambiados; responde a situaciones concretas y fluctuantes. Y hay que saber ver el instante en que las fuerzas populares, conscientes de su debilidad relativa, pero al mismo tiempo de su fuerza estratégica, deben obligar al enemigo a que dé los pasos necesarios para que la situación no retroceda. Hay que violentar el equilibrio dictadura oligárquica—presión popular.

La dictadura trata constantemente de ejercerse sin el uso aparatoso de la fuerza; el obligar a presentarse sin disfraz, es decir, en su aspecto verdadero de dictadura violenta de las clases reaccionarias, contribuirá a su desenmascaramiento, lo que profundizará la lucha hasta extremos tales que ya no se pueda regresar. De cómo cumplan su función las fuerzas del pueblo abocadas a la tarea de obligar a definiciones a la dictadura—retroceder o desencadenar la lucha—, depende el comienzo firme de una acción armada de largo alcance.

Sortear el otro momento peligroso depende del poder del desarrollo ascendente que tengan las fuerzas populares.

Marx recomendaba siempre que, una vez comenzado el proceso revolucionario, el proletariado tenía que golpear y golpear sin descanso. Revolución que no se profundice constantemente es revolución que regresa. Los combatientes, cansados, empiezan a perder la fe y puede fructificar entonces alguna de las maniobras a que la burguesía nos tiene tan acostumbrados. Estas pueden ser elecciones con la entrega del poder a otro señor de voz más meliflua y cara más angelical que el dictador de turno, o un golpe dado por los reaccionarios, encabezados, en general, por el ejército y apoyándose, directa o indirectamente, en las fuerzas progresistas. Caben otras, pero no es nuestra intención analizar estrategias tácticas.

Llamamos la atención principalmente sobre la maniobra del golpe militar apuntada arri-

ba. ¿Qué pueden dar los militares a la verdadera democracia? ¿Qué lealtad se les puede pedir si son meros instrumentos de dominación de las clases reaccionarias y de los monopolios imperialistas y como casta, que vale en razón de las armas que posee, aspiran solamente a mantener sus prerrogativas?

Cuando, en situaciones difíciles para los opresores, conspiran los militares y derroquen a un dictador, de hecho vencido, hay que suponer que lo hacen porque aquél no es capaz de preservar sus prerrogativas de clase sin violencia extrema, cosa que, en general, no conviene en los actuales momentos a los intereses de las oligarquías.

Esta afirmación no significa, de ningún modo, que se deseche la utilización de los militares como luchadores individuales, separados del medio social en que han actuado y, de hecho, rebeldos contra él. Y esta utilización debe hacerse en el marco de la dirección revolucionaria a la que pertenecerán como luchadores y no como representantes de una casta.

En tiempos ya lejanos, en el prefacio de la tercera edición de "La Guerra Civil en Francia", Engels decía: "Los obreros, después de cada revolución, estaban armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De ahí que, después de cada revolución ganada por los obreros, se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la cerrota de estos..." (cita de Lenin, "El Estado y la Revolución").

Este juego de luchas continuas en que se logra un cambio formal de cualquier tipo y se retrocede estratégicamente, se ha repetido durante decenas de años en el mundo capitalista. Pero aún, el engaño permanente al proletariado en este aspecto lleva más de un siglo de producirse periódicamente.

Es peligroso también que, llevados por el deseo de mantener durante algún tiempo condiciones más favorables para la acción revolucionaria mediante el uso de ciertos aspectos de la legalidad burguesa, los dirigentes de los partidos progresistas confundan los términos, cosa que es muy común en el curso de la acción, y se olviden del objetivo estratégico definitivo: **la toma del poder.**

Estos dos momentos difíciles de la revolución, que hemos analizado someramente, se obvian cuando los partidos dirigentes marxistas-leninistas son capaces de ver claro las implicaciones del momento y de movilizar las masas al máximo, llevándolas por el camino justo de la resolución de las contradicciones fundamentales.

En el desarrollo del tema hemos supuesto que eventualmente se aceptará la idea de la lucha armada y también la fórmula de la guerra de guerrillas como método de combate. ¿Por qué estimamos que, en las condiciones actuales de América, la guerra de guerrillas es la vía correcta? Hay argumentos fundamentales que, en nuestro concepto, determinan la necesidad de la acción guerrillera en América como eje central de la lucha.

Primero: aceptando como verdad que el enemigo luchará por mantenerse en el poder, hay que pensar en la destrucción del ejército opresor; para destruirlo hay que oponerle un ejército popular enfrente. Ese ejército no nace espontáneamente, tiene que armarse en el arsenal que brinda su enemigo, y esto condi-

"América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la Tricontinental, en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución Cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo".

(Mensaje del Ché a la Tricontinental, abril de 1967).

ciona una lucha dura y muy larga, en la que las fuerzas populares y sus dirigentes estarían expuestos siempre al ataque de fuerzas superiores sin adecuadas condiciones de defensa y maniobrabilidad.

En cambio, el núcleo guerrillero, asentado en terrenos favorables a la lucha, garantiza la seguridad y permanencia del mando revolucionario. Las fuerzas urbanas, dirigidas desde el estado mayor del ejército del pueblo, pueden realizar acciones de incalculable importancia. La eventual destrucción de estos grupos no haría morir el alma de la revolución, su jefatura, que, desde la fortaleza rural, seguiría catalizando el espíritu revolucionario de las masas y organizando nuevas fuerzas para otras batallas.

Además, en esta zona comienza la estructuración del futuro aparato estatal encargado de dirigir eficientemente la dictadura de clase durante todo el periodo de transición.

Cuanto más larga sea la lucha, más grandes y complejos serán los problemas administrativos y en su solución se entrenarán los cuadros para la difícil tarea de la consolidación del poder y el desarrollo económico, en una etapa futura.

Segundo: La situación general del campesinado latinoamericano y el carácter cada vez más explosivo de su lucha contra las estructuras feudales, en el marco de una situación social de alianza entre explotadores locales y extranjeros.

Volviendo a la Segunda Declaración de La Habana: "Los pueblos de América se liberaron del coloniaje español a principios del siglo pasado, pero no se liberaron de la explotación. Los terratenientes feudales asumieron la autoridad de los gobernantes españoles, los indios continuaron en penosa servidumbre, el hombre latinoamericano en una u otra forma siguió esclavo y las mínimas esperanzas de los pueblos sucumben bajo el poder de las oligarquías y la coyunda del capital extranjero. Esta ha sido la verdad de América, con uno u otro matiz, con alguna que otra variante. Hoy América Latina yace bajo un imperialismo mucho más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperialismo colonial español.

"Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos pseudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos".

Esta situación objetiva nos muestra la fuerza que duerme, desaprovechada, en nuestros campesinos y la necesidad de utilizarla para la liberación de América.

Tercero: El carácter continental de la lucha.

¿Podría concebirse esta nueva etapa de la emancipación de América como el cotejo de dos fuerzas locales luchando por el poder en un territorio dado? Dificilmente. La lucha será a muerte entre todas las fuerzas populares y todas las fuerzas de represión. Los párrafos arriba citados también lo predicen.

Los yanquis intervendrán por solidaridad de intereses y porque la lucha en América es decisiva. De hecho, ya intervienen en la preparación de las fuerzas represivas y la organización de un aparato continental de lucha. Pero, de ahora en adelante, lo harán con todas sus energías; castigarán a las fuerzas populares con todas las armas de destrucción a su alcance; no dejarán consolidarse al poder revolucionario y, si alguno llegara a hacerlo, volverán a atacar, no lo reconocerán, tratarán de dividir las fuerzas revolucionarias, introducirán saboteadores de todo tipo, crearán problemas fronterizos, lanzarán a otros Estados reaccionarios en su contra, intentarán ahogar económicamente al nuevo Estado, aniquilarlo, en una palabra.

Dado este panorama americano, se hace difícil que la victoria se logre y consolide en un país aislado. A la unión de las fuerzas represivas debe contestarse con la unión de las fuerzas populares. En todos los países en que la opresión llegue a niveles insostenibles, debe alzarse la bandera de la rebelión, y esta bandera tendrá, por necesidad histórica, caracteres continentales. La Cordillera de los Andes está llamada a ser la Sierra Maestra de América, como dijera Fidel, y todos los inmensos territorios que abarca este Continente están llamados a ser escenarios de la lucha a muerte contra el poder imperialista.

No podemos decir cuándo alcanzará estas características continentales, ni cuánto tiempo durará la lucha; pero podemos predecir su advenimiento y su triunfo, porque es resultado de circunstancias históricas, económicas y políticas inevitables y su rumbo no se puede torcer. Iniciarla cuando las condiciones estén dadas, independientemente de la situación de otros países, es la tarea de la fuerza revolucionaria en cada país. El desarrollo de la lucha irá condicionando la estrategia general; la predicción sobre el carácter continental es fruto del análisis de las fuerzas de cada contendiente, pero esto no excluye, ni mucho menos, el estallido independiente. Así como la iniciación de la lucha en un punto de un país está destinada a desarrollarla en todo su ámbito, la iniciación de la guerra revolucionaria contribuye a desarrollar nuevas condiciones en los países vecinos.

El desarrollo de las revoluciones se ha producido normalmente por flujos y reflujos inversamente proporcionales; al flujo revolucionario corresponde el reflujo contrarrevolucionario.

"¿Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para éste de dispersar sus fuerzas, bajo el empuje del odio creciente de los pueblos del mundo!"

(Mensaje del Ché a la Tricontinental, abril de 1967)

lucionario y, viceversa, en los momentos de descenso revolucionario hay un ascenso contrarrevolucionario. En estos instantes, la situación de las fuerzas populares se torna difícil y deben recurrir a los mejores medios de defensa para sufrir los daños menores. El enemigo es extremadamente fuerte, continental. Por ello no se pueden analizar las debilidades relativas de las burguesías locales con vistas a tomar decisiones de ámbitos restringidos. Menos podría pensarse en la eventual alianza de estas oligarquías con el pueblo en armas. La Revolución Cubana ha dado el campanazo de alarma. La polarización de fuerzas llegará a ser total: explotadores de un lado y explotados de otro; la masa de la pequeña burguesía se inclinará a uno u otro bando, de acuerdo con sus intereses y el acierto político con que se la trate; la neutralidad constituirá una excepción. Así será la guerra revolucionaria.

Pensemos cómo podría comenzar un foco guerrillero.

Núcleos relativamente pequeños de personas eligen lugares favorables para la guerra de guerrillas, ya sea con la intención de desatar un contraataque o para capear el vendaval, y allí comienzan a actuar. Hay que establecer bien claro lo siguiente: en el primer momento, la debilidad relativa de la guerrilla es tal que solamente debe trabajar para fijarse al terreno, para ir conociendo el medio, estableciendo conexiones con la población y reforzando los lugares que eventualmente se convertirán en su base de apoyo.

Hay tres condiciones de supervivencia de una guerrilla que comience su desarrollo bajo las premisas expresadas aquí: Movilidad constante, vigilancia constante, desconfianza constante. Sin el uso adecuado de estos tres elementos de la táctica militar, la guerrilla difícilmente sobrevivirá. Hay que recordar que la heroicidad del guerrillero, en estos momentos, consiste en la amplitud del fin planteado y la enorme serie de sacrificios que deberá realizar para cumplimentarlo.

Estos sacrificios no serán el combate diario, la lucha cara a cara con el enemigo; adquirirán formas más sutiles y más difíciles de resistir para el cuerpo y la mente del individuo que está en la guerrilla.

Serán quizás castigados duramente por los ejércitos enemigos; divididos en grupos, a veces; martirizados los que cayeren prisioneros; perseguidos como animales acosados en las zonas que hayan elegido para actuar; con la inquietud constante de tener enemigos sobre los pasos de la guerrilla; con la desconfianza constante frente a todo, ya que los campesinos atemorizados los entregarán, en algunos casos, para quitarse de encima con la desaparición del pretexto, a las tropas represivas; sin otra alternativa que la muerte o la victoria, en momentos en que la muerte es un concepto mil veces presente y la victoria el mito que sólo un revolucionario puede soñar.

Esa es la heroicidad de la guerrilla; por eso se dice que caminar también es una forma de combatir, que rehuir el combate en un momento dado no es sino una forma de combatir. El planteamiento es, frente a la superioridad general del enemigo, encontrar la forma táctica de lograr una superioridad relativa es un punto elegido, ya sea poder concentrar más efectivos que éste, y a asegurar

ventajas en el aprovechamiento del terreno que vuelque la correlación de fuerzas. En estas condiciones se asegura la victoria táctica; si no está clara la superioridad relativa, es preferible no actuar. No se debe dar combate que no produzca una victoria, mientras se pueda elegir el "cómo" y el "cuándo".

En el marco de la gran acción político-militar, del cual es un elemento, la guerrilla irá creciendo y consolidándose; se irán formando entonces las bases de apoyo, elemento fundamental para que el ejército guerrillero pueda prosperar. Estas bases de apoyo son puntos en los cuales el ejército enemigo sólo puede penetrar a costa de grandes pérdidas, bastiones de la revolución, refugio y resorte de la guerrilla para incursiones cada vez más lejanas y atrevidas.

A este momento se llega si se han superado simultáneamente las dificultades de orden táctico y político. Los guerrilleros no pueden olvidar nunca su función de vanguardia del pueblo, el mandato que encarnan, y por tanto, deben crear las condiciones políticas necesarias para el establecimiento del poder revolucionario basado en el apoyo total de las masas. Las grandes reivindicaciones del campesinado deben ser satisfechas en la medida y forma que las circunstancias aconsejen, haciendo de toda la población un conglomerado compacto y decidido.

Si difícil será la situación militar de los primeros momentos, no menos delicada será la política; y si un solo error militar puede liquidar la guerrilla, un error político puede frenar su desarrollo durante grandes períodos.

Político-militar es la lucha, así hay que desarrollarla y, por lo tanto, entenderla.

La guerrilla, en un proceso de crecimiento, llega a un instante en que su capacidad de acción cubre una determinada región para cuyas medidas sobran hombres y hay demasiada concentración en la zona. Allí comienza el efecto de colmena, en el cual uno de los jefes, guerrillero distinguido, salta a otra región y va repitiendo la cadena de desarrollo de la guerra de guerrillas, sujeto, eso sí, a un mando central.

Ahora bien, es preciso apuntar que no se puede aspirar a la victoria sin la formación de un ejército popular. Las fuerzas guerrilleras podrán extenderse hasta determinada magnitud; las fuerzas populares, en las ciudades y en otras zonas permeables del enemigo, podrán causarle estragos, pero el potencial militar de la reacción todavía estaría intacto.

"En América al menos, es prácticamente imposible hablar de movimientos de liberación dirigidos por la burguesía. La Revolución Cubana ha polarizado fuerzas; frente al dilema pueblo o imperialismo, las débiles burguesías nacionales eligen el imperialismo y traicionan definitivamente a su país. Se pierde casi totalmente la posibilidad de que en esta parte del mundo se produzca un tránsito pacífico al socialismo".

(Ché Guevara en el prólogo al libro "El Partido Marxista-Leninista", abril de 1963).

Hay que tener siempre presente que el resultado final debe ser el aniquilamiento del adversario. Para ello, todas estas zonas nuevas que se crean, más las zonas de perforación del enemigo detrás de sus líneas, más las fuerzas que operan en las ciudades principales, deben tener una relación de dependencia en el mando. No se podrá pretender que exista la cerrada ordenación jerárquica que caracteriza a un ejército, pero sí una ordenación estratégica. Dentro de determinadas condiciones de libertad de acción, las guerrillas deben de cumplir todas las órdenes estratégicas del mando central, instalado en alguna de las zonas, la más segura, la más fuerte, preparando las condiciones para la unión de las fuerzas en un momento dado.

¿Habrán otras posibilidades menos cruentas?

La guerra de guerrillas o guerra de liberación tendrá en general tres momentos: el primero, de la defensiva estratégica, donde la pequeña fuerza que huye muerde al enemigo; no está refugiada para hacer una defensa pasiva en un círculo pequeño, sino que su defensa consiste en los ataques limitados que pueda realizar. Pasado esto, se llega a un punto de equilibrio en que se estabilizan las posibilidades de acción del enemigo y de la guerrilla y, luego, el momento final de desbordamiento del ejército represivo que llevará a la toma de las grandes ciudades, a los grandes encuentros decisivos, al aniquilamiento total del adversario.

Después de logrado el punto de equilibrio, donde ambas fuerzas se respetan entre sí, al seguir su desarrollo, la guerra de guerrillas adquiere características nuevas. Empieza a introducirse el concepto de la maniobra; columnas grandes que atacan puntos fuertes; guerra de movimientos con traslación de fuerzas y medios de ataque de relativa potencia. Pero, debido a la capacidad de resistencia y contraataque que todavía conserva el enemigo, esta guerra de maniobra no sustituye definitivamente a las guerrillas; es solamente una forma de actuar de las mismas; una magnitud superior de las fuerzas guerrilleras, hasta que, por fin, cristaliza en un ejército popular con cuerpos de ejércitos. Aún en este instante, marchando delante de las acciones de las fuerzas principales, irán las guerrillas en su estado de "pureza", liquidando las comunicaciones, sabotando todo el aparato defensivo del enemigo.

Habíamos predicho que la guerra sería continental. Esto significa también que será prolongada; habrá muchos frentes, costará mucha sangre, innúmeras vidas durante largo tiempo. Pero, algo más, los fenómenos de polarización de fuerzas que están ocurriendo en América, la clara división entre explotadores y explotados que existirá en las guerras revolucionarias futuras, significan que al producirse la toma del poder por la vanguardia armada del pueblo, el país, o los países, que lo consigan, habrán liquidado simultáneamente, en el opresor, a los imperialistas y a los explotadores nacionales. Habrá cristalizado la primera etapa de la revolución socialista; estarán listos los pueblos para restañar sus heridas e iniciar la construcción del socialismo.

¿Habrán otras posibilidades menos cruentas?

Hace tiempo que se realizó el último reparto del mundo en el cual a los Estados Unidos le tocó la parte del león de nuestro Continente; hoy se están desarrollando nuevamente los imperialistas del viejo mundo y la pujanza del mercado común europeo atemoriza a los mismos norteamericanos. Todo esto podría hacer pensar que existiera la posibilidad de asistir como espectadores a la pugna interimperialista para luego lograr avances, quizás en alianza con las burguesías nacionales más fuertes. Sin contar con que la política pasiva nunca trae buenos resultados en la lucha de clases y las alianzas con la burguesía, por revolucionaria que esta luzca en un momento dado, sólo tienen carácter transitorio, hay razones de tiempo que inducen a tomar otro partido. La agudización de la contradicción fundamental luce ser tan rápida en América que molesta el "normal" desarrollo de las contradicciones del campo imperialista en su lucha por los mercados.

Las burguesías nacionales se han unido al imperialismo norteamericano, en su gran mayoría, y deben correr la misma suerte que éste en cada país. Aun en los casos en que se producen pactos o coincidencia de contradicciones entre la burguesía nacional y otros imperialismos con el norteamericano, esto sucede en el marco de una lucha fundamental que englobará necesariamente en el curso de su desarrollo, a todos los explotados y a todos los explotadores. La polarización de fuerzas antagónicas de adversarios de clases es, hasta ahora, más veloz que el desarrollo de las contradicciones entre explotadores por el reparto del botín. Los campos son dos: la alternativa se vuelve más clara para cada quien individual y para cada capa especial de la población.

La Alianza para el Progreso es un intento de refrenar lo irrefrenable.

Pero si el avance del mercado común europeo o cualquier otro grupo imperialista sobre los mercados americanos, fuera más veloz que el desarrollo de la contradicción fundamental, sólo restaría introducir las fuerzas populares como cuña, en la brecha abierta, conduciendo éstas toda la lucha y utilizando a los nuevos intrusos con clara conciencia de cuáles son sus intenciones finales.

No se debe entregar ni una posición, ni un arma, ni un secreto al enemigo de clase, so pena de perderlo todo.

De hecho, la eclosión de la lucha americana se ha producido. ¿Estará su vórtice en Venezuela, Guatemala, Colombia, Perú, Ecuador...? ¿Serán estas escaramuzas actuales sólo manifestaciones de una inquietud que no ha fructificado? No importa cuál sea el resultado de las luchas de hoy. No importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día; la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad.

Es una predicción. La hacemos con el convencimiento de que la historia nos dará la razón. El análisis de los factores objetivos y subjetivos de América y del mundo imperialista, nos indica la certeza de estas aseveraciones basadas en la Segunda Declaración de La Habana.